



## Solemnidad de Pentecostés 2013

En la celebración de Pentecostés profesamos nuestra fe en la presencia y en la acción del Espíritu Santo en nosotros, en la Iglesia y en el mundo entero. Y, a la vez, pedimos la continua y renovada efusión del don del Espíritu, que se dio en el primer Pentecostés.

Hoy hacemos nuestra con especial intensidad la invocación de la Iglesia: ¡*Ven, Espíritu Santo!* Esta invocación está en sintonía con la voluntad de Jesús, que pidió y pide continuamente al Padre el don del Espíritu para sus amigos. De esta oración de Cristo nos habla el Evangelio de Juan en el contexto de la última Cena, cuando el Señor Jesús dijo a sus discípulos: “*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad.*” (Jn 14, 15-16).

Esta oración de Jesús se inicia en la cena, se completa en la cruz y se continúa también en el cielo, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre. Jesús, de hecho, siempre vive su sacerdocio de intercesión en favor del pueblo de Dios y de la humanidad y, por tanto, reza por todos nosotros pidiendo al Padre el don del Espíritu Santo. Y esta oración se ha mostrado eficaz desde el principio: El Espíritu Santo es el primer y principal don que Jesús nos ha obtenido con su Resurrección y Ascensión al cielo.

El relato de Pentecostés en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* presenta “la nueva etapa” que la obra de Dios inició con la resurrección de Cristo para la salvación del hombre, de su historia y del cosmos. Del Hijo de Dios muerto, resucitado y vuelto al Padre brota ahora sobre la humanidad, con energía nunca antes dada, el sopro divino, el Espíritu Santo.

Y **¿qué fruto da esta nueva y potente comunicación de Dios?** Pentecostés es la fiesta de la unión, de la comprensión y de la comunión humana. Todos podemos constatar cómo en nuestro mundo, aunque estemos cada vez más cercanos físicamente los unos a los otros, gracias al desarrollo de los medios de transporte y de comunicación, la comprensión y la comunión entre las personas a menudo es superficial y difícil. Persisten y aumentan desequilibrios que con frecuencia llevan a conflictos; el diálogo entre las generaciones es complicado y a veces prevalece la contraposición; asistimos a sucesos diarios en los que nos parece que los hombres se están volviendo más agresivos y huraños; comprenderse parece demasiado arduo y se prefiere buscar el propio yo, los propios intereses. En esta situación, ¿podemos en verdad encontrar y vivir la unidad que tanto necesitamos?



La narración de Pentecostés en los Hechos de los Apóstoles tiene como fondo uno de los grandes cuadros que encontramos al inicio del Antiguo Testamento: la historia de la construcción de la torre de Babel (cf. Gn 11, 1-9). Pero, ¿qué es Babel? Es un reino en el que los hombres alcanzaron tanto poder que pensaron que podían construir por sí mismos un camino que llevara al cielo, para abrir sus puertas y ocupar el lugar de Dios. Pero mientras los hombres estaban trabajando juntos para construir la torre, se dieron cuenta de que estaban construyendo unos contra otros. Mientras intentaban ser como Dios, vieron que corrían el peligro de ya no ser ni siquiera hombres, porque habían perdido la capacidad de entenderse, ponerse de acuerdo y actuar juntos.

Este relato bíblico contiene una verdad perenne; lo podemos ver a lo largo de la historia, y también en nuestro mundo. Con el progreso de la ciencia y de la técnica hemos alcanzado el poder de dominar las fuerzas de la naturaleza, de manipular los elementos, de fabricar seres vivos, llegando casi al ser humano mismo. En esta situación, orar a Dios parece algo superado, inútil, porque nosotros mismos podemos construir y realizar todo lo que queremos. Pero no caemos en la cuenta de que estamos reviviendo la misma experiencia de Babel. Es verdad que hemos multiplicado las posibilidades de comunicar, de tener informaciones, de transmitir noticias, pero ¿podemos decir que ha crecido la capacidad de entendernos o quizá, paradójicamente, cada vez nos entendemos menos? ¿No parece insinuarse entre los hombres un sentido de desconfianza, de sospecha, de temor recíproco, hasta llegar a ser peligrosos los unos para los otros? Volvemos, por tanto, a la pregunta inicial: ¿puede haber verdaderamente unidad, concordia? Y ¿cómo?

Encontramos la respuesta en la Sagrada Escritura: sólo puede existir la unidad con el don del Espíritu de Dios, el cual nos dará un corazón nuevo y una lengua nueva, una capacidad nueva de comunicar. Esto es lo que sucedió en Pentecostés. Esa mañana, un viento impetuoso sopló sobre Jerusalén y la llama del Espíritu Santo bajó sobre los discípulos reunidos, se posó sobre cada uno y encendió en ellos el fuego divino, un fuego de amor, capaz de transformar. El miedo desapareció, el corazón sintió una fuerza nueva, las lenguas se soltaron y comenzaron a hablar con franqueza, de modo que todos pudieran entender el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado.

El día de Pentecostés, donde había heridas y divisiones, **el Espíritu crea unidad y comprensión**. Se pone en marcha un proceso de reunificación entre las partes de la familia humana, divididas y dispersas; las personas que compiten o entran en conflicto entre sí, al ser transformadas por el Espíritu de Cristo, se abren a la **experiencia de la comunión en la Iglesia**. Este es el efecto de la obra de Dios: **la unidad**; por eso, la unidad es el signo de reconocimiento, la “tarjeta de visita” de la Iglesia a lo largo de su historia universal.

Pero la unidad creada por el Espíritu Santo no es una especie de uniformidad obligatoria. Desde el principio, la Iglesia habla todas las lenguas. En Pentecostés, los



Apóstoles hablan lenguas distintas de modo que cada uno comprenda el mensaje en su propio idioma. La unidad del Espíritu se manifiesta en la pluralidad de la comprensión del mismo mensaje.

De estos principios se deriva un criterio de discernimiento para la vida cristiana: cuando una persona, o una comunidad, se encierra en sí misma, en su modo de pensar y de actuar, es señal de que se ha alejado del Espíritu Santo. El camino de los cristianos, de las comunidades y de las Iglesias particulares siempre debe confrontarse con el de la Iglesia una y universal, y tiene que buscar armonizarse con él. La Iglesia es por naturaleza una y múltiple, destinada como está a vivir en todas las naciones, en todos los pueblos, y en los contextos sociales más diversos. Sólo responde a su vocación de ser signo e instrumento de unidad de todo el género humano (cf. LG 1) si permanece autónoma respecto de cualquier Estado y de cualquier cultura particular. Siempre y en todo lugar la Iglesia debe ser verdaderamente católica y universal, la casa de todos en la que cada uno puede encontrar su lugar.

En el relato de los *Hechos de los Apóstoles*, la universalidad de la Iglesia se expresa con la lista de los pueblos, según la antigua tradición: “Partos, medos, elamitas... romanos, cretenses y árabes”. Se puede observar aquí que san Lucas va más allá del número 12, que siempre expresa ya una universalidad. Mira más allá de los horizontes de Asia y del noroeste de África, y añade otros tres elementos: los “romanos”, es decir, el mundo occidental; los “judíos y prosélitos”, comprendiendo de modo nuevo la unidad entre Israel y el mundo; y, por último, “cretenses y árabes”, que representan a Occidente y Oriente, islas y tierra firme. Esta apertura de horizontes confirma la nueva unidad que realiza Cristo entre todos los hombres y naciones; el Espíritu Santo abarca hombres y pueblos y, a través de ellos, supera muros y barreras.

En Pentecostés el Espíritu Santo se manifiesta como fuego en forma de lenguas. Su llama descendió sobre los discípulos reunidos, se encendió en ellos y les dio el nuevo ardor de Dios, que se convierte en lenguaje ardiente de anuncio del Evangelio de la salvación en Jesucristo. Se realiza así lo que había predicho el Señor Jesús: “*He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!*” (Lc 12, 49). Los Apóstoles, junto a los fieles de las distintas comunidades, han llevado esta llama divina hasta los últimos confines de la tierra; han abierto así un camino para la humanidad, un camino luminoso, y han colaborado con Dios, que con su fuego quiere renovar la faz de la tierra. ¡Qué distinto este fuego del de las guerras y las bombas! ¡Qué distinto el incendio de Cristo, que la Iglesia propaga, respecto a los que encienden los dictadores de toda época, que dejan detrás de sí tierra quemada! El fuego de Dios, el fuego del Espíritu Santo, es el de la zarza que arde sin quemarse (cf. Ex 3, 2). Es una llama que arde, pero no destruye; más aún, ardiendo hace emerger la mejor parte del hombre, su fondo más verdadero, su vocación a la verdad y al amor.

La llama del Espíritu Santo realiza una transformación y, por tanto, debe consumir en el hombre las escorias que lo corrompen y obstaculizan sus relaciones con



Carlos López Hernández

Dios y con el prójimo. Por eso, este efecto del fuego divino nos asusta; tenemos miedo de que nos “queme” y preferiríamos permanecer tal como somos. Este temor es consecuencia del hecho de que muchas veces nuestra vida está proyectada según la lógica del tener, del poseer, y no del darse. Muchas personas creen en Dios y admiran la figura de Jesucristo, pero cuando se les pide que pierdan algo de sí mismas, se echan atrás, tienen miedo de las exigencias de la fe. Existe el temor de tener que renunciar a algo bello, a lo que uno está apegado; el temor de que seguir a Cristo nos prive de la libertad, de ciertas experiencias gratificantes, de una parte de nosotros mismos. Por un lado, queremos estar con Jesús, seguirlo de cerca; y, por otro, tenemos miedo de las consecuencias que eso conlleva.

Por eso, queridos hermanos, cuánto necesitamos que el Señor Jesús nos siga diciendo lo que repetía a menudo a sus amigos: **“No tengáis miedo”**. Como Simón Pedro y los demás, debemos dejar que su presencia y su gracia transformen nuestro corazón, siempre sujeto a las debilidades humanas. Debemos saber reconocer que perder algo, más aún, perderse a sí mismos por el Dios verdadero, el Dios del amor y de la vida, en realidad es ganar, volverse a encontrar más plenamente. Quien se encomienda a Jesús experimenta ya en esta vida la paz y la alegría del corazón, que el mundo no puede dar, ni tampoco puede quitar una vez que Dios nos las ha dado. Por lo tanto, vale la pena dejarse tocar por el fuego del Espíritu Santo. El dolor que nos produce es necesario para nuestra transformación. En el lenguaje de Jesús el “fuego” es una representación del misterio de la cruz, sin el cual no existe cristianismo. Por eso, iluminados y confortados por estas palabras de vida, elevamos nuestra invocación: ¡Ven, Espíritu Santo! ¡Enciende en nosotros el fuego de tu amor! Sabemos que esta es una oración audaz, con la cual pedimos ser tocados por la llama de Dios; pero sabemos sobre todo que esta llama, y sólo ella, tiene el poder de salvarnos. Necesitamos el fuego del Espíritu Santo, porque sólo el Amor redime. Sólo encendidos con el fuego del Espíritu seremos capaces de defender nuestra vida en este mundo sin perder la eterna que Dios nos quiere dar.

La segunda lectura, de la primera carta de san Pablo a los Corintios, nos muestra que el Espíritu Santo es Aquel que nos hace reconocer en Cristo al Señor, y nos hace pronunciar la profesión de fe de la Iglesia: **“¡Jesús es Señor!”** (1 Co 12, 3b). Señor es el título atribuido a Dios en el Antiguo Testamento, porque su nombre propio, “Yahwé”, es tan santo y misterioso que por sumo respeto no se podía pronunciar.

La expresión “Jesús es Señor” significa: Jesús es Dios y, al mismo tiempo, Dios es Jesús. Es decir, Jesús tiene dignidad divina, y Dios tiene el rostro humano de Jesús. Dios se muestra en Jesús, y con ello nos da la verdad sobre nosotros mismos. Llevarnos al reconocimiento de esta verdad sobre Jesús y sobre nosotros mismos es la obra del Espíritu Santo.

El pasaje evangélico nos presenta al Espíritu Santo como el soplo de Jesucristo resucitado (cf. Jn 20, 22). El evangelista retoma aquí una imagen del relato de la creación, donde se dice que Dios sopló en la nariz del hombre un aliento de vida (cf. Gn



Carlos López Hernández

2, 7). El soplo de Dios es vida. Ahora, el Señor sopla en nuestra alma un nuevo aliento de vida, el Espíritu Santo, su más íntimo ser; y de este modo nos indica que el Espíritu de Jesucristo es el mismo Espíritu Creador, que ahora da su aliento de vida a la Iglesia, la crea como familia de Dios y nos acoge en ella como hijos. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, animado por el Espíritu Santo.

El Evangelio de hoy nos deja el testimonio profundamente humano de que *“los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor”* (Jn 20, 20). El Amigo perdido está presente de nuevo, y quien antes estaba turbado se alegra ahora. Pero esas palabras dicen mucho más. Porque el Amigo perdido no viene de un lugar cualquiera, sino de la noche de la muerte; ¡y él la ha atravesado! Él no es uno cualquiera, sino que es el Amigo y al mismo tiempo Aquel que es la Verdad que da vida a los hombres; y lo que da no es una alegría cualquiera, sino la alegría misma, don del Espíritu Santo, que es la causa del perdón de los pecados y la fuente de la paz, que Jesús resucitado entrega a los discípulos (cf. Jn 20, 19).

Se alegraron los discípulos al ver al Señor. Y nosotros hoy, debemos sentir la misma alegría, porque en la fe podemos ver también al Señor; en la fe viene a nosotros y nos enseña las manos y el costado como señal de amistad. Y nosotros nos alegramos también porque nos ha dado a conocer todo lo que el Padre le ha enseñado y nos envía con la fuerza de su Espíritu a continuar la misma misión de reconciliación que él recibió del Padre.

La venida del Espíritu Santo marca el comienzo de la actividad apostólica de la Iglesia y en este día ha sido establecida la Jornada eclesial del apostolado seglar. Con palabras de la Constitución del Vaticano II sobre la Iglesia, recordamos que *“A los laicos pertenece, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia vocación guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y Redentor”* (LG 31).

La dificultad de llevara cabo esta misión es grande en nuestro momento cultural. Por ello, oramos hoy especialmente para que el Espíritu Santo ilumine con su luz y fortalezca a nuestros fieles laicos en su misión en medio del mundo, especialmente a los que han asumido un mayor compromiso público de apostolado por su pertenencia a movimientos de apostolado seglar reconocidos por la Iglesia.



Carlos López Hernández

En esta Eucaristía nos unimos a toda la Iglesia en la invocación: ¡Ven Espíritu Santo, ilumina nuestras mentes y transforma nuestros corazones con el fuego de tu amor! ¡Ven, Espíritu Santo, y renueva la faz de la tierra!